

tambien las guerrillas que se habían desprendido del cuerpo principal para observar al enemigo. Practicóse este movimiento entre el estruendo del combate que ya se había empeñado con ardor, y entre el humo producido por las casas que estaban incendiando los indios. Hubo sin embargo una guerrilla que no pudo replegarse, á causa de que toda pereció combatiendo en el lugar que se le había designado.

La posición que ocupaba la fuerza expedicionaria se hizo muy pronto insostenible. Agobiada ésta por el hambre, la sed y el ardor del sol, y pudiendo apenas respirar por las nubes de humo en que se hallaba envuelta, no tenía en realidad otro medio posible de salvacion que la retirada. El coronel Bolio se determinó á emprenderla despues de las doce del día, y puso una guerrilla á las órdenes del teniente D. Joaquin Mézquita para que forzara una trinchera y quedara así libre el camino de Valladolid. Pero la guerrilla abandonó á su jefe á la mitad del camino, y éste se vió precisado á guarecerse de las cercas de un solar, aunque despues hubo de salir para recoger y conducir al átrio el cadáver del generoso oficial D. Pedro Agustin Cámara, que había salido á defenderle.

Malgrado este movimiento, D. Miguel Bolio se determinó á romper el sitio con toda su fuerza; pero cuando estaba todavía organizando su vanguardia, los indios se arrojaron sobre el átrio, y entónces sobrevino un desórden espantoso. Oficiales y soldados se precipitaron á la plaza con el ánimo de forzar las trincheras enemigas y abrirse paso como pudieran hácia el camino de Valladolid. Solamente el comandante Bolio, cuyo traje llamó la atencion de los indios, se vió obligado á quedarse para defenderse de la turba que le rodeaba, y murió combatiendo como un héroe en aquella sangrienta jornada. El resto de la expedicion que pudo abrirse paso á sangre y fuego por las ave-

nidas de la plaza, llegó á los suburbios de Valladolid á la caída de la tarde, combatiendo todavía con los indios que se empeñaban en su persecucion. Un jefe, ocho oficiales (9) y cincuenta ó sesenta soldados, fueron las pérdidas que experimentaron nuestras tropas en aquella funesta y memorable jornada.

Las dos derrotas de Citnup inspiraron tal desaliento en los defensores de Valladolid, que el coronel Leon se creyó obligado á convocar una junta de guerra con el objeto de tomar una resolucion que pusiese fin á la ansiedad general. Esta junta se reunió el 1º de marzo, y en ella se acordó desocupar la plaza, si dentro de un término que tambien se fijó, no recibía ningun auxilio exterior (10). Tambien se acordó que las familias comenzasen á evacuar la ciudad, y dos ó tres dias despues salieron las primeras, custodiadas por unos cien hombres y dos piezas de artillería, que fueron puestas á las órdenes del coronel Rivero. Llegaron todas sin ningun contratiempo á Izamal, y la fuerza que las condujo se regresó entónces á la ciudad sitiada, habiendo tenido necesidad de batirse desde Uayma hasta mas allá de Pixoy.

Un suceso que acaeció el día 10, y en el que hubo seguramente mas imprudencia y ligereza que en las dos expediciones á Citnup, vino á poner el colmo á la situacion desesperada que guardaba Valladolid. Un jefe indio llamado Miguel Huchim escribió una carta al coronel Rivero, manifestándole que deseaba tener una conferencia con él y con el vicario Sierra, para hablar sobre la mision que estaba desempeñando en el sur D. Miguel Barbachano. Rivero y Sierra no tuvieron ningun embarazo en ac-

(9) Contábanse entre éstos D. Antonio Fernández Montilla, D. Francisco Oviedo (hijo) D. Juan Rosado Sierra, D. Saturnino Marin y D. José Alcocer Villanueva. (Baquero, *Ensayo histórico*.)

(10). Periódico oficial, número 28.

ceder á los deseos de aquel capitancillo, y al dia siguiente se dirigieron al lugar de la cita, que era un paraje denominado Halal, situado en uno de los cabos de la ciudad. Varios oficiales y tres eclesiásticos quisieron acompañarlos, y habiendo tomado la delantera el vicario Sierra, salió de la línea y avanzó hasta la mitad de la distancia que la separaba de Halal. Allí se detuvo con el objeto acaso de reflexionar; pero habiendo salido los indios á llamarle, el sacerdote continuó su marcha, y le siguieron entónces todos los demás.

Los bárbaros recibieron con aparente cordialidad á sus huéspedes; pero habiendo manifestado éstos que la confianza no era recíproca, puesto que aquellos no iban nunca á la plaza, veinticinco indios se ofrecieron á ir inmediatamente, como en efecto se fueron, con el objeto de traer aguardiente para una fiesta ó solemnidad que decían estar preparando. Muy poco tiempo duró la confianza que este acto inspiró al coronel Rivero y sus compañeros, porque no tardaron en saber que estaban prisioneros, lo cual confirmó despues el mismo Huchim, presentándose en persona á las víctimas de su perfidia. Como si esto no hubiese sido bastante, el primer ayudante D. Francisco Oviedo que se presentó en seguida, acompañando á los indios que habían ido por el aguardiente, tambien fué declarado prisionero. Militares y eclesiásticos comprendieron entónces, aunque demasiado tarde, que habían cometido una imprudencia, y un triste presentimiento se apoderó de todos, cuando en la tarde del mismo dia fueron sacados de Halal, custodiados por una escolta numerosa. El dia 12 fueron presentados en Jitnup á Cecilio Chí y otros jefes, quienes mandaron encerrar á los militares en la única pieza que tenía el convento y dejaron en libertad á los clérigos de hospedarse donde quisieran. Aquel encierro terminó de una manera trágica en la mañana del

14, en que unos indios venidos de Muchucux, sacaron á la plaza á todos los cautivos que tenían carácter militar, y allí los asesinaron fria é inhumanamente (11).

Este golpe acabó de desconcertar á los defensores de Valladolid y D. Agustin Leon fijó definitivamente el dia 14 de marzo para verificar la desocupacion, acordada en una nueva junta de guerra. Pero para que se llevase al cabo esta resolucion respecto de una ciudad que contenía por aquella época mas de diez mil habitantes, aumentados con los que habían emigrado de las poblaciones inmediatas, era necesario tomar un gran número de precauciones para que la retirada no degenerase en un desorden, que pudiera aprovechar al enemigo. Tomáronse en efecto con la anticipacion necesaria; pero la fatalidad que parecía haberse ensañado contra la raza civilizada del país, y el pánico que se había apoderado de todos los ánimos, hicieron que fracasasen en parte. Véantose como se verificó este suceso, uno de los mas importantes de aquella época infortunada.

Al rayar el alba del dia designado, una columna de quinientos hombres, puesta á las órdenes del coronel D. Pastor Gamboa y precedida de dos piezas de artillería, se arrojó sobre las fortificaciones que tenían los indios por el rumbo de Popolá con el objeto de que quedase libre el camino de Espita, por el cual debía verificarse la retirada. Vivo é impetuoso fué el ataque de Gamboa, y habiendo desalojado á los bárbaros de sus posiciones, comenzaron á desfilarse por el mismo camino los carruajes que conducían á los heridos, los que se habían proporcionado algunas personas acomodadas, y en fin los carros que iban cargados con los pertrechos de guerra y los pocos objetos que se había permitido sacar á las familias. Tras de este con-

(11) Baqueiro, *Ensayo histórico*, tomo I, capítulo IX.

voy que ocupaba un larguísimo trecho, se puso en marcha otra columna de quinientos hombres, puesta á las órdenes del teniente coronel D. Cristóbal Trujillo, que formaba el centro de la fuerza. Venía en seguida la inmensa muchedumbre de los habitantes de la ciudad, incapaces de tomar las armas, que formaban un conjunto desordenado y que movían á compasion con sus lágrimas y sus gritos. Debían cerrar esta marcha trescientos hombres con dos piezas de artillería, cuyo mando se había reservado el coronel Leon, y además las fuerzas de los campamentos de San Juan y Santa Ana, que habían de ser las últimas en abandonar sus posiciones.

Pero hacía las siete de la mañana, en los momentos en que D. Agustin Leon se impacientaba porque aun no acababa de salir de la línea la extensa procesion de las familias, los indios aparecieron súbitamente por el barrio de Sisal, y en seguida se precipitaron al centro de la ciudad, incendiando las casas de su tránsito. El Sr. Leon que permanecía con su fuerza á inmediaciones de la plaza, en el camino de Mérida, mandó hacer fuego sobre estas chusmas, con el objeto de contenerlas y dar tiempo á que las familias acabasen de salir de la línea. Pero no habiéndolo podido conseguir á causa de que los indios continuaban avanzando á pesar de los estragos que hacía en sus filas la artillería, aquel jefe se determinó al fin á emprender su retirada, siguiéndole poco despues las tropas de los campamentos de San Juan y Santa Ana. Cuando estas últimas llegaron á la plaza, y á los indios la habían invadido, y aunque algunas atravesaron valerosamente entre el enemigo conducidas por su comandante D. Angel Rosado, otras tomaron direcciones distintas, á causa de que las ofendían los fuegos de D. Agustin Leon.

Entretanto los bárbaros que parecían brotar á millares de todas partes, se habían precipitado tambien sobre

la inmensa y heterogénea columna que avanzaba pesadamente por el camino de Espita. Entónces sobrevino un desórden y una carnicería que la pluma se resiste á describir. Soldados, mujeres y niños caían bañados en su sangre; y los gritos, los gemidos y las maldiciones que se escapaban de los lábios de las víctimas, se confundían con los alaridos de triunfo en que prorumpía el salvaje. El desórden fué todavía mas espantoso al llegar al pequeño pueblo de Popolá, porque habiéndole atacado los indios por distintas direcciones, y no teniendo la capacidad suficiente para contener á los mil quinientos hombres de la guarnicion, á los diez mil emigrados y á los caballos y carros en que venían los heridos, el parque, el equipaje de la tropa y otros muchos objetos, todo esto se aglomeró en confuso tropel en la plaza y calles adyacentes, entre el fragor del combate que había vuelto á empeñarse con mas vehemencia que nunca. Entónces las mismas tropas comenzaron á desmoralizarse y fueron inútiles los esfuerzos que se hicieron para conservar en todas la disciplina: la artillería, los carros y los caballos fueron abandonados: el parque fué incendiado para que no cayese en poder del enemigo; y soldados y familias volvieron á emprender como les fué posible y en un desórden siempre creciente, el camino de Espita. Algunas de éstas prefirieron internarse en el bosque, arrastrando en pos de sí á los niños de corta edad, con la esperanza de que huyendo aisladamente ó en grupos pequeños, podrían escapar mejor á la saña del salvaje.

En la mañana del dia 15 comenzaron á presentarse en Espita las primeras familias acompañadas de algunos soldados, habiéndolas seguido poco despues las que tuvieron la dicha de conservar la vida en aquella retirada memorable. El último que se presentó fué el coronel Leon, quien había logrado conservar organizadas algunas

fuerzas, con las cuales había venido defendiendo la retaguardia de los emigrados. Entónces intentó defenderse en aquella villa, haciendo salir previamente á las familias; pero era tal el pánico que se había apoderado de todos los ánimos, que á la simple noticia de que los indios se aproximaban, militares, mujeres y niños tomaron precipitadamente el camino de Buctzotz y no se detuvieron hasta Temax. Aquí D. Agustín Leon quiso armarse de firmeza, dando orden á la tropa de que marchase á Izamal; pero el batallón *Libertad*, compuesto de campechanos, se sublevó en los momentos en que se hallaba en formación en la plaza, pidiendo á gritos volver á Campeche. Aquel jefe no pudo reprimir la sublevación, y entónces emprendió su marcha para la capital del Estado, á donde llegó el día 23 con el resto de la fuerza y los emigrados que habían podido sobrellevar los infortunios de tan larga peregrinación (12).

La pérdida de Valladolid trajo consigo la de las demás poblaciones situadas en la region del oriente. Unas fueron atacadas por los indios y otras abandonadas previamente por sus moradores. De éstos, unos se incorporaron á la masa de los emigrados valisoletanos, y otros se retiraron hácia la costa. Solamente la villa de Tizimin intentó defenderse por algunos días; pero comprendiendo al fin sus habitantes el grave riesgo á que se exponían, también tomaron la resolución de huir, dirigiéndose á Río Lagartos bajo la salvaguardia de una fuerza que había organizado el valiente capitán D. Sebastian Molas. Todos estos emigrados de la costa hubieran sido tarde ó temprano víctimas de los salvajes, á no haber recogido y condu-

(12) Todos los pormenores relativos á las dos acciones de Citnup y á la desocupación de Valladolid, constan en parte de las relaciones del periódico oficial, y en parte del *Ensayo histórico* del Sr. Baqueiro, quien tomó las noticias que consigna, de testigos presenciales.

cido á lugar seguro algunas embarcaciones venidas de Campeche y de la Habana. El capitán Molas no los desamparó hasta que se hubo embarcado el último, y entónces se dirigió con su fuerza hácia el interior de la península, donde, como vamos á ver en seguida, los indios continuaban devastando pueblos y haciendas, avanzando siempre hácia la capital.